

LO DIO TODO

Una vez más caminamos junto a las mujeres que seguramente estuvieron aquella mañana de la Resurrección junto al sepulcro. Aquellas que fueron los primeros testigos de Jesús resucitado. Hoy acompañará nuestra reflexión y oración alguien muy insignificante, que no se la nombra más que en dos Evangelios y que sólo se le dedican cuatro versículos.

Lc 21, 1-4	Mc 12, 41-44
Levantando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. Vio también a una viuda muy pobre que echaba allí dos blancas. Y dijo: —En verdad les digo que esta viuda pobre echó más que todos, pues todos aquellos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía.	Jesús estaba sentado cerca de la caja del dinero del templo y veía cómo la gente daba sus ofrendas. Muchos ricos daban bastante dinero. Luego vino una viuda y dio dos pequeñas monedas de cobre que valían muy poco. Jesús llamó a sus seguidores y les dijo: —Les digo la verdad: esa pobre viuda echó más que todos los demás a la caja del tesoro del templo. Porque los demás dieron de lo que les sobraba, pero ella, a pesar de su pobreza, entregó todo lo que tenía para vivir.

Jesús siempre rompe nuestros esquemas y no solo eso, cambia valores: parece que lo más es menos y lo menos... más... ¿Cómo es posible esto? ¿Será que aprendió de su Padre a mirar desde lo superficial a lo profundo, a ver lo valioso en lo pobre, pequeño, a descubrir la riqueza en la pobreza? Como lo dice I Sam. 16, 7: “Pero Yavé dijo a Samuel: «No mires su apariencia ni su gran estatura, porque lo he descartado. Pues la mirada de Dios no es la del hombre; el hombre mira las apariencias, pero Yavé mira el corazón.»

Y en aquel momento, Jesús no quiso perder la ocasión para educar la mirada de sus discípulos y les dijo: “Les aseguro que esta mujer pobre ha dado más que todos. Pues los demás han echado dinero de lo que les sobraba, ella en cambio ha dado lo que había reunido con sus privaciones”

Jesús sentado frente a las alcancías del pórtico del templo miraba y observaba este desfile. Es común en las puertas de las iglesias y los templos el colocar recipientes para pedir limosna, o directamente quienes esperan o necesitan una limosna se colocan allí como lugar propicio para que los fieles que salen de estos lugares, den sus limosnas. Sin duda una inveterada costumbre común a otras religiones. ¿Por qué los humanos unimos este gesto de ayudar a los momentos religiosos? A la salida de las celebraciones... ¿Necesitamos completar nuestro gesto con un compartir con los pobres? El dar algo para los pobres, ¿tranquiliza nuestra conciencia? ¿De qué? ¿Cómo?

A la salida del Templo, se colocaban recipientes metálicos, que con el ruido provocado por la caída de las monedas de alguna manera llamaban la atención, a la vez que daban una idea de lo donado de acuerdo al sonido que ocasionaban. Las dos moneditas que echó la mujer viuda casi no se oyeron, había que estar muy atento y muy pendiente. Y Jesús lo estaba... Percibe el

ruido de esas dos monedas y una vez más echa por tierra nuestros criterios, nuestros puntos de vista... ¿Cómo valorar tanto lo insignificante, y por qué? parece que no le da el verdadero valor a las cosas. Nuestra realidad es esta, la que tenemos en nuestras manos y ante nuestros ojos, pero parece que para Jesús las cosas son distintas. No importa el valor contante y sonante de lo donado, sino el sentimiento, el por qué, la situación del corazón de quien da....

Esa mujer pudo haber echado una monedita y quedarse con otra, pero no, en una generosidad increíble ha echado las dos. Esta es la diferencia radical, la entrega amorosa incondicional y sin reservas o el cumplimiento de la ley que deja la conciencia tranquila pero que no entiende de amor.

Jesús está atento y esto hace vibrar su espíritu. Está cerca su hora, la de la entrega en la cruz y la generosa entrega total y desinteresada de la viuda lo conmueve. Ella lo dio todo... Jesús ve el gesto y esto le hace llamar la atención de toda la concurrencia. Es un Jesús que dice: ¡por favor, deténganse: miren esto! Observen... pero claro, lo que Jesús ve, no lo pueden descubrir los demás: el amor a Dios y su templo, que mueve a una mujer anciana, pobre, desprotegida. Ella entrega todo lo que tiene para su sustento. Sin hablar, sin pronunciar palabra proclama su total confianza en Dios, por eso lo da todo. Su gesto grita: “sólo Dios es mi confianza... Él me da seguridad total”. En palabras de Santa Teresa, “solo Dios basta”. Dios solo basta, cuando es realmente El solo en quien se funda nuestra esperanza.

En este texto Jesús nos invita a:

1. Educar nuestra mirada. No quedarnos con las apariencias, aprender a mirar en lo profundo.
2. Nos invita a situarnos en el lugar adecuado, en el punto de vista preciso, porque esto hará posible que podamos ver unas realidades u otras: podamos ver o no la presencia de tantas «viudas empobrecidas» o dejarnos deslumbrar por la realidad de nuestro mundo cercano que dice que la economía del mundo marcha bien. Según cómo te sitúes ante las personas podrás descubrir las actitudes profundas o juzgar por apariencias.
3. Nos presenta a esta pobre viuda como modelo:
 - Mujer que reconoce su propia realidad de pobreza y en lugar de situarse en la vereda de los que reclaman, se amargan y quieren dar lástima, hace de su pobreza un espacio de apertura al don.
 - Mujer que descubrió que hacer de la propia vida un don es paradójicamente el camino de la felicidad por eso no sólo da dos monedas, sino que se da.
 - Mujer que no recibió más recompensa que el gozo de su propia generosidad y su libertad.
 - Mujer que sabe vivir desde la generosidad y la gratuidad que brotan siempre de quien ha experimentado el Amor.
 - Mujer que pone su esperanza en la infinita seguridad que da el confiar sólo en Dios
 - Mujer que se anima a vivir el futuro entregándolo todo en el presente para vivirlo con pasión.

Sentémonos en este día con Jesús en el “lugar indicado”.

Abramos nuestros ojos, dejemos que Él eduque nuestra mirada para no quedarnos en las apariencias, sino ser capaces de mirar lo profundo del otro.

Animémonos a preguntarnos ¿Qué significa para mí hoy estas dos monedas? ¿Qué es el “todo” que tengo que dar?

Pongamos ante Dios toda nuestra pobreza pidiéndole que la acepte como don.

Digamos con la pobre viuda: Señor, bendice mis ojos para que sepan ver la necesidad y no olviden nunca lo que a nadie deslumbra. Que vean detrás de la superficie para que los demás se sientan felices por mi modo de mirarlos. Amén.

Esta canción también nos puede ayudar a rezar: Dar hasta que duela. Salomé Arricibita

<https://www.youtube.com/watch?v=VzOUuxXkZug>